

misma, en la gestión política limitada a cumplir fines no propuestos, sino ya dados; en la adaptación a la, en apariencia, única racionalidad propia e inmanente a la realidad. Consecuencia de ello son los déficits en las propuestas éticas, desvirtuadas como retórica superflua, y la ausencia de un pensamiento filosófico-político capaz de replantear antiguos y nuevos objetivos sociales. Para Reyes el socialismo más que nunca necesita ser impulsado desde la ética de la igualdad universal; la revalorización de ésta es su más fiel valedor, una vez desmoronadas las filosofías de la historia, que apoyaban su plausibilidad y hasta su carácter ineluctable. Ausente tal pretensión moral, no se ve con qué bagaje se pueda plantar cara al darwinismo social cuyo resultado es el éxito de los menos y más fuertes, ni como se pueda rebatir a los historiadores que sólo juzgan dignos de mención a los triunfadores y olvidan las causas y los sufrimientos de los vencidos.

Por otra parte, el pensamiento igualitario se ve asaltado por los propiciadores de la filosofía de la diferencia, que difícilmente eluden su interpretación neoconservadora: se entiende, de la diferencia —incuestionable en cuanto hecho— de los socialmente más fuertes, más bellos.

Sabe el autor que no se trata en la democracia de recuperar la ardiente sobrecarga ideológica de la última época de la dictadura y los primeros años de la transición, habiendo quedado en evidencia su fuerte componente retórico. No cree posible repetir el mismo discurso político en la libertad que bajo la dictadura, pero tampoco le resulta justo abdicar de todos sus supuestos, y sobre todo no lo es, re-

nunciar a lo mejor de sus fines. Ciertamente que esta sobriedad ideológica no viene sólo exigido por las nuevas condiciones de pensar y actuar en la democracia. La crisis supranacional de la izquierda europea, la crisis también del marxismo y del pensamiento socialista, determinan un enfriamiento ideológico que Reyes no ve obligadamente acompañado del fin del socialismo.

En este contexto preocupa también al autor resituar el tema de la religión. Ni la razón moderna —«por lo dicho»— ha representado siempre progreso, ni la religión ha supuesto ineludiblemente oscurantismo. Dos supuestos demasiado simples de los primeros ilustrados. Es cierto que una nota irrenunciable del Estado moderno es la laicidad, y que hoy la teología reconoce la legitimidad de tal pretensión, a la que durante tanto tiempo se opusieron las Iglesias. Ello devuelve la religión a la sociedad civil, que es su espacio adecuado. Pero esto no significa que la religión deba renunciar a su vocación pública. Desde luego, ésta no debe ser entendida como institucionalización de lo religioso en instancias sociales de poder, ni como una reconfesionalización camuflada de las instituciones públicas. Pero en el pluralismo cultural moderno le corresponde un espacio y un reconocimiento al hilo emancipador, de libertad, que también está presente en la mejor tradición religiosa, junto con sus páginas reaccionarias. Esta dimensión pública de la creencia, el cristianismo la puede hacer efectiva en sus símbolos y narraciones, en la memoria del sufrimiento padecido en la cara oscura de la historia, en el recuerdo de la esperanza de los vencidos y de los que aún hoy no han conse-

guido llegar a ser sujetos, sino que son los no-sujetos de nuestras sociedades.

Desde aquí se puede ejercitar una crítica religiosa y política a la ideología del éxito, en la que se resuelven gran parte de los impulsos de la modernidad. Y el cristianismo de este modo puede significar una fuente de inspiración ética para el socialismo; así lo reconoce Reyes Mate. Todo ello nada tiene que ver con la pretensión de altos eclesiásticos españoles de configurar una cultura católica en frente y opuesta a la cultura laica. El significado legítimo del cristianismo es, entre otras cosas, una presencia en favor de la igualdad, dentro de la cultura de todos.

LA NOVELA DE LA TRANSICION

César Leante

Juan Luis Cebrián,
La rusa.
Alfaguara.
Madrid, 1986.

Lo primero que sorprende en esta muy atractiva novela es su título (*La rusa*), seco, directo, quizá si chocante, que no cuadra ni a la historia que cuenta ni mucho menos al tono en que está escrita. ¿Deliberada intención del autor por molestar desde el principio? Después de releerla estoy